

# PERTURBACIONES PSICOSOMÁTICAS Y NEUROSIS ORGANICAS. CONOCIMIENTOS DE LA PSICOTERAPIA ACTUAL

por el Prof. MÉDARD BOSS

De la Universidad de Zúrich, Presidente de la Organización Internacional de Psicoterapia Médica

No existe una sola alteración primariamente somática que no traiga consigo una alteración de índole síquica. Ni existe una perturbación síquica que como consecuencia no ocasione una desviación en nuestro comportamiento somático.

Por lo general se restringe hoy el concepto "sicosomático" en la terminología médica actual a aquellas perturbaciones de la salud física en las que se advierte la conexión con tensiones emocionales excesivas o con actitudes síquicas patológicas frente al mundo. Por "sicosomático" se entiende siempre, al mismo tiempo, que por lo menos en cierta medida semejantes factores síquicos son causas parciales de enfermedades físicas.

Entre tales perturbaciones sicosomáticas en este sentido restringido, deben hoy incluirse ya, entre otras, las siguientes enfermedades:

- 1 Un gran número de tumores del estómago y el duodeno, así como muchas perturbaciones crónicas del sistema intestinal profundo.
- 2 Un gran número de perturbaciones del sistema circulatorio, los infartos del corazón inclusive.
- 3 Numerosos casos de asma pulmonar.
- 4 La llamada vulnerabilidad para los accidentes.

Sobre qué otras dolencias físicas, también sobre su carácter, se incluyen igualmente, en forma total o parcial en este sentido, entre las perturbaciones sicosomáticas, discuten todavía los expertos.

Mas hoy superan a todas las demás dolencias físicas aquellas cuya naturaleza sicosomática no puede ponerse en duda seriamente, tanto por su número como por la medida de sufrimiento por ellas ocasionada y el grado final de invalidez. La enorme importancia práctica que para toda la medicina significa una adecuada comprensión de estas perturbaciones sicosomáticas, nunca podrá, por lo tanto, encarecerse bastante, ya que sólo la comprensión científica

garantiza un tratamiento realmente saludable de estas dolencias.

Desgraciadamente no se ha llegado aún a una situación razonable en lo que se refiere a la comprensión médica respecto del carácter de las enfermedades sicosomáticas. La fundamental falta de dicha comprensión procede del hecho de que desde hace algunos siglos el mundo médico de las ideas se vale de un fundamento que de ningún modo responde a lo que significan las más importantes enfermedades físicas de nuestro tiempo. Este fundamento del pensamiento médico de nuestros días consiste cabalmente en la peculiar presunción de que nuestra realidad humana consta por lo pronto de tres esferas separadas primariamente. Se llama a la primera "mundo exterior". Se le representa por los objetos exteriores dados en un espacio del mundo. A la segunda esfera se le da el nombre de alma humana y la tercera está constituida por el cuerpo humano.

Semejante combinación de ideas trae consigo necesariamente que, de modo inmediato, directo, a los tres conceptos "mundo exterior", "síquico" y "cuerpo" se les deba añadir la invención de un gran número de fuerzas. Pues sólo con la ayuda de estas fuerzas hipotéticas, las esferas mentalmente separadas entre sí por lo pronto puedan de nuevo pensarse como una totalidad e imaginarse como una urdimbre dotada de unidad de mutuas acciones recíprocas.

Con semejantes ideas de acción recíproca mentalmente subordinadas de modo directo en los casos dados pareció encontrarse el fundamento para la total comprensión de las enfermedades de los nuevos tiempos. Todas las dolencias sicosomáticas, por ejemplo, podrían imaginarse como perturbaciones de función dentro de la esfera de acción recíproca sicofísica.

Este modo de pensar suena en extremo plausible a nuestros oídos. Ahora bien, precisamente desde el punto de vista de los internistas han

aumentado últimamente los temores de que con la aplicación de semejantes ideas los médicos podrían extraviarse por peligrosos abismos de inexplicada vaguedad y problemática no resuelta. Pudo así leerse hace poco tiempo en una prestigiosa revista médica que en el fondo es absurdo que la medicina sicosomática pretenda hablarnos de cualquier índole de relaciones entre un mundo exterior, un cuerpo humano y un alma, incluso de relaciones de causa y efecto entre ellas. Para poder decidir cabalmente si dos o más cosas evidencian un comportamiento de reciprocidad, y si efectivamente lo evidencian de qué especial clase de vinculación se trata, se requiere por lo pronto una fundamental elucidación de carácter a la naturaleza de las cosas mismas que se suponen vinculadas entre sí. Mas ocurre que precisamente nuestros atisbos de las tres premisas mentalmente imaginadas de nuestra medicina sicosomática respecto de la naturaleza del mundo exterior, del alma y del cuerpo, no son algo elucidado, ni mucho menos.

La verdad es que los teóricos del conocimiento de índole idealista y realista desde siempre han andado a la greña en lo que respecta a la cabal realidad y el carácter de lo que solemos llamar nuestro mundo exterior.

En lo que se refiere al segundo elemento fundamentalmente dado de la medicina sicosomática, el cuerpo o soma, las cosas se encuentran, incluso en los últimos avances de la medicina propia de las ciencias naturales, por manera que al cuerpo humano sólo se le puede imaginar como "uno" entre los demás cuerpos localizables en determinado lugar del espacio cósmico. Especialmente ve a este cuerpo como una urdimbre de procesos químico-físicos controlada por el sistema nervioso. En realidad no logran semejantes ideas (a pesar de haber bautizado últimamente el viejo concepto de la causalidad por la llamada teoría de la información) ni siquiera comprender la más primitiva amiba como tal. Pues a semejante modo de imaginar las cosas se mantendrá siempre ocluido el carácter vital justamente de los seres vivos. Sin remedio tropezará con la extraña contradicción de lo vivo frente a la ley de la entropía que rige en la esfera de lo inerte. Cabalmente sin captarlo registra el asombroso contraste entre la tendencia que caracteriza lo inerte, por completo abandonado a sí mismo, en el sentido de un desorden cada vez mayor y la íntima tendencia de lo vivo a la constitución de estructuras de orden cada vez mayores.

Que puede considerarse al cuerpo humano también como un cuerpo químico-físico simplemente dado, que en el proceso de este modo de observación pueden incluso obtenerse muchos valiosos y útiles conocimientos, es indiscutible. El hecho de que nuestra constitución somática sea accesible —entre otras cosas— a este tratamiento, mentalmente ideado, debe la moderna medicina física todas sus asombrosas posibilidades de intervención.

Ahora bien, ni aquí, ni en ninguna parte, el efecto de utilidad de un modo de observación ha sido nunca una medida del grado de hasta qué punto el útil método de observación de que se trate capta la verdadera y plena realidad de las cosas aptas para su manipulación. En todo caso es un hecho que, hasta hoy, la investigación de la ciencia natural está muy lejos de poder decirnos lo que es verdaderamente un cuerpo vivo.

No presenta más favorable aspecto la cuestión si, finalmente, intentamos que los expertos competentes del tercer elemento fundamentalmente dado de la medicina sicosomática, sicólogos y psiquiatras, nos digan en qué consiste cabalmente el alma o la sique, o el sujeto o la persona del ser humano. Dondequiera tropezamos con embarazoso silencio. De modo impresionante caracteriza esta situación la reciente protesta pública de un eminente internista y profesor universitario contra el docente de psiquiatría de su ciudad. A sus insistentes preguntas no quiso darle una definición de la sique.

No es, pues, milagro, ese tanteo en la tiniebla de las ideas médicas sobre la naturaleza de los nexos mutuos de estas tres inexplicadas esferas objetivas de la medicina sicosomática. En la tiniebla se mantiene igualmente la vieja idea de la encarnación de un alma en un cuerpo, así como la presunción de una sique que traspasa el organismo síquico en el mismo momento en que empieza a hacer de él su morada. Completamente inexplicada se mantiene también la idea de algún tipo de influencia del sistema físico de vegetativo-hormonal debida a tensiones emocionales y sobre los mecanismos de acción del sistema linfático del cerebro y su influjo en el estado general síquico de una persona. No menos enigmático se mantiene el a menudo supuesto nexo de expresión entre lo síquico y lo físico. En las modernas teorías psicoanalíticas, en las que se presume que deseos y fantasías reprimidos dentro del sistema subconsciente de una sique son

causa de perturbaciones somáticas de enervación, ya por definición se trata siempre de meras hipótesis puramente mentales, de audacias de las que nunca sabremos si se refieren a algo factualmente demostrable y realmente presente y existente. Y nada en absoluto nos dicen, finalmente, los tópicos sobre una unidad o totalidad espiritual, síquica y corporal, ni sobre una correlación sico-física simultánea. En todos estos tópicos del lenguaje se trata simplemente de determinaciones, vacías de contenido, puramente formales, de los fenómenos sicosomáticos.

Que con las ideas hasta hoy vigentes sobre un alma y un cuerpo humanos y sobre sus nexos no llegamos realmente lejos, lo demuestra su evidente fallar frente a las cosas más sencillas, incluso no patológicas. Un síntoma de la mayor simplicidad son, por ejemplo, las lágrimas de una persona por la muerte de un ser querido. Lo luctuoso como algo síquico es, como fenómeno dado, algo que no se puede pesar ni medir. En cambio una lágrima puede pesarse e investigarse químicamente. Y la mensurabilidad nos aseguran que es, frente a lo síquico, la característica de lo físico. Ahora bien una lágrima medida y pesada, ¿sigue siendo una lágrima? Apenas lo será. Si medimos una lágrima sólo nos queda una gota de fluido, pero ya no una lágrima como tal. ¿Es, pues, la lágrima algo síquico o algo somático? ¿O es una mezcla de síquico y somático? ¿O nada de ambas cosas? Con la máxima evidencia se trata de algo que no habrá modo de sacar en limpio sobre la base de los asertos del pensamiento médico que hoy rige todavía y la diferenciación, en él fundamentada, entre somático y síquico.

Si tal es la situación en lo que respecta a la base del pensamiento de la medicina sicosomática actual, no nos queda otro recurso que empezar a considerar nuevamente el asunto, desde el principio mismo, con nuestro propio pensamiento. En el principio de todo mental diferenciar de una cosa frente a otra, síquico y físico, por ejemplo, será siempre indispensable proceder a la reflexión sobre eso único en lo que, en cada caso según su naturaleza, se incluye lo diferenciado. De otro modo quedará toda diferenciación y todo lo diferenciado, como suspenso en el aire y sin ninguna base. Ahora bien, eso único que primariamente se incluye en lo que estamos acostumbrados a diferenciar entre sí como síquico y somático, no es otra cosa que el ser del hombre.

Si, por lo tanto, la medicina sicosomática pre-

tende ser digna del nombre de una disciplina seria no podrá eludir la previa y suficiente reflexión sobre el carácter de nuestro humano existir. Reflexionar sobre los rasgos fundamentales del ser del hombre significa poner suprema atención en su aparecer, tal como, en forma completamente inmediata, directa, se manifiesta por sí mismo. La falta de tiempo y espacio nos obligará aquí, ciertamente, a darnos por contentos con las más simples e indispensables indicaciones sobre lo a nuestra experiencia directamente accesible en lo que atañe al ser del hombre.

Para todos nosotros se evidencia, sin más, en lo que respecta a nuestra existencia, por lo pronto que el ser del hombre sólo puede encontrarse en la forma de un singular ser en el mundo. No existe ningún ser humano que ya de antemano no se haya considerado como un ser que se mantiene en el mundo. En el ser del hombre en el mundo se incluye siempre este o aquel comportamiento concreto frente a las cosas con que tropezamos y una convivencia de todo punto primaria en lo que se refiere a las mismas cosas de nuestro mundo común.

Ahora bien, ¿cómo podríamos desenvolvemos en la forma de un comportamiento frente a las cosas con que tropezamos y los seres con que convivimos en el ser del mundo si ya desde un principio esto que nos sale al encuentro no se nos hubiera evidenciado en su significación y su contenido? ¿Cómo podríamos intuir algo sabiendo que es esto o lo otro si de acuerdo con el rasgo fundamental de nuestra existencia no fuéramos del tipo de una abierta y libre esfera del percibir y el comprender? ¿Pues cómo podría llegar de modo distinto a la manera propia de semejante situación abierta, lo que existe, cómo llegar a su aparición, a su similitud y a su presencia? El ser del hombre, el existir del hombre, se constituye, pues, esencialmente, partiendo del conjunto de cada una de las distintas posibilidades del percibir y comportarse, en cada caso con especial limitación por nosotros dadas, abiertas al mundo, que estremecen al mundo con su tensión. Por constituirse quiere darse aquí a entender siempre el hecho de mantenerse abierto por tal manera, la realidad de este poder percibir y poderse comportar y nada más que esto. En todo caso no quiere decirse precisamente, en primer término y por lo pronto, que un yo consciente cualquiera que se mantiene por sí mismo sea un sujeto equis inexplicado que una facultad de comprensión cualquiera poseería cualitativamente. Una falsa interpretación psicológica o subjetiva sólo será capaz de decirnos lo más

minimo sobre el carácter de una sique poseyente, ni podrá decirnos algo sobre la naturaleza de la facultad de comprender que en su poder se encuentra, ni siquiera algo sobre la presunta índole de la relación que se establece entre ambas cosas.

Tan primaria y pertinente como la caracterización de nuestra existencia como un ser ampliamente abierto al mundo, es, en cambio, la comprobación de que no existe ningún humano que perciba algo que nos sale al encuentro, ningún mantenerse abierto, ningún persistir de una esfera establecida del mundo, que no estén en sí siempre de este o del otro modo dispuestos y matizados. Este estar igualmente, primariamente, matizado de todo comportamiento puede ser de índole más feliz, más digna de confianza, más angustiosa, más triste, más distanciada, incluso más indiferente. Siempre es nuestra relación respecto de lo que nos sale al encuentro algo de este o del otro modo afinado y matizado.

En tercer lugar y finalmente no corresponde de modo menos esencial a nuestros siempre matizados y humanos percibir y comportarse en que, en cada caso, se inserta un humano existir, su general y acorde matización por nuestro cuerpo. Es como si viéramos ante nuestros ojos algo corporal, propio de los sentidos y lo advirtiéramos con palpable frecuencia; tratamos con ello o pensamos en ello actualizándolo, incluso sólo hacemos derivaciones científicas imaginadas partiendo de un objeto actualizado. Y con ello siempre vibra nuestro cuerpo, en todas estas realizaciones de nuestro ser en el mundo, como necesaria condición y determinación de su aparecer.

Ahora bien, el hecho de ser una condición necesaria para la manifestación de un fenómeno no significa, ni mucho menos, que sea su condición única y suficiente. De ningún modo semejante insuficiente condición debe confundirse con su verdadera naturaleza o con su fundamento, o con su causa.

En el caso de nuestro cuerpo lo es tan poco que podemos decir sencillamente que en realidad no existe el cuerpo por sí mismo. Todas las manifestaciones físicas de una existencia humana se verifican siempre "sólo" como fenómenos que según su naturaleza decisiva pertenecen en forma inmediata a los mil modos de la vida y la corporeidad de nuestra existencia, es decir, a los modos de percepción y comportamiento frente a lo que nos sale al encuentro.

Partiendo de nuestra nueva visión debe parecer-nos, ciertamente, la común disociación del ser humano en un alma y un cuerpo como un artificio puramente mental. En su virtud se convierte nuestro existir en nuestra idea, como algo previo, sin remedio y en forma irrecuperable, en dos cosas distintas en sí mismas fragmentadas, que sin magia mental no podrán juntarse de nuevo. Sólo necesitamos recordar el ejemplo de la lágrima que hemos aducido para darnos cuenta de que con semejante disociación mental de nuestra existencia en un alma y un cuerpo, nada podrá concebirse de la corporeidad humana como tal.

En nuestra nueva visión, en cambio, vemos en esta misma lágrima el fenómeno físico inmediato de la relación, tristemente matizada, de una persona que acaba de perder a un ser querido.

Exactamente lo mismo que para esta "corporización" normal de una relación con un ser humano, rige, fundamentalmente, para todos los llamados fenómenos patológicos sicosomáticos. Pensemos, por ejemplo, en el caso de aquella muchacha que en un ataque de histerismo sufrió la parálisis de ambas piernas.

En la falla de movimiento de nuestra paciente nada hubo de presuntas ideas endosíquicas, incluso de supuestos trasuntos de anteriores objetos del mundo exterior en una subconsciencia. Todo ocurrió "como" referencia directa de la enferma respecto del hombre que allá fuera, en la calle, vio venir hacia ella, si bien sólo en una forma de "aturdimiento" y mera corporeidad.

En un grado más velada que en los movimientos histéricos de esta enferma se corporizó una falla parecida frente al requerimiento del mundo con que tropezaba en el caso de los gravísimos espasmos del intestino grueso de otra muchacha. También ésta tuvo que someterse a una similar domesticación. El haber tenido que abandonar el hogar paterno para responder a la misión y las responsabilidades de una esposa provocaron en su frágil, infantil y retrasada constitución un decaimiento de abismo, un miedo tan sin medida que todo su ser adoptó una actitud de defensa, espasmódicamente extremada, contra cuanto le salía al encuentro. Esta relación con el mundo así matizada, que de modo tan total se apoderó de ella, fue lo que se manifestó, corporizándose, en forma de los espasmos de su intestino grueso. Por eso desaparecieron sus espasmos inmediatamente cuando la enferma entró en una relación de más confianza con su sico-terapéutico.

A semejantes fenómenos de corporización de determinados nexos con el mundo en mucho más ocultas interioridades del cuerpo, suele llamárseles, en contraste con los ataques de histerismo, que en la esfera interhumana de comportamiento acaecen, neurosis orgánicas. Mas nada justifica caracterizar estos comportamientos histéricos como fenómenos de expresión, simbólicamente velados, de contenidos síquicos subconscientes, y diferenciarles, como tales, de las neurosis orgánicas, a las que sólo se les da el valor de fenómenos vegetativos accesorios sin contenido síquico.

Una relación con el mundo completamente distinta se manifiesta fundamentalmente en aquellas personas, cuyo número aumenta de modo constante, que padecen de los llamados idiopáticos tumores del estómago. En todos los enfermos de este tipo suficientemente interrogados los tumores gástricos se evidencian como los fenómenos de corporización de la relación humana fundamental con el mundo y el medio que puede caracterizarse como la forzada superación, matizada por el desaliento y el proceso de necesaria asimilación de todas las cosas. En esta relación con el mundo suele quedar reducida patológicamente la existencia de estos enfermos.

En todos los enfermos sicosomáticos, suficientemente investigados, que padecen de hipertensión esencial y de neurosis cardíaca, se corporizó, a su vez, en su dolencia, una actitud completamente distinta frente al mundo. Su existir, su relación con el mundo, están condicionados por la presión excesiva de un superintensificado sentimiento del deber que se mantiene matizado por un alto grado de tensión.

Los fenómenos de corporización de las relaciones interhumanas respecto de las cosas y seres de su mundo a las que una persona queda entregada, sintiéndose tan enferma y sin libertad, no necesitan detenerse en estas perturbaciones llamadas funcionales. Las existencias de los asombrosamente numerosos huéspedes habituales de nuestras clínicas quirúrgicas, por ejemplo, vulnerables a los accidentes en masa, cosa tan anormal, evidencian generalmente una irritada oposición contra las vinculaciones inter-

humanas en las que deben vivir. Si por alguna razón no pueden hurtarse humana urdimbre de relaciones, corporizan a veces su comportamiento, matizado en el sentido de la destrucción, hiriendo y desgarrando, en sus accidentes, los tejidos de su propio cuerpo.

En el cuadro patológico de la llamada manía de enflaquecimiento, a su vez, la existencia de una persona joven puede sentirse arrastrada en forma tan excesiva a la defensa contra todo requerimiento del mundo en torno, matizado por los sentidos, que la corporización de este comportamiento no sólo se manifiesta en forma del negarse a ingerir alimentos y una suspensión de la menstruación, sino, a la postre, en gravísimos fenómenos de desintegración anatómico-estructural. El peso del cuerpo puede descender hasta menos de treinta kilos y como consecuencia puede sobrevenir la pérdida del cabello y la dentadura incluso la muerte.

Es esencial la evidencia de que todas las personas que sufren perturbaciones sicosomáticas se caracterizan por una gran reducción de su existencia a una posibilidad de comportamiento única frente al mundo que les rodea. Esto es acompañado por la correspondiente tristeza angustiosa, depresiva, toda descontenta, recelosa, de su existencia. Es lo que se corporiza en los síntomas patológicos. La verdadera terapéutica curativa de estas dolencias se da por sí misma. Sólo puede consistir en un liberador cambio de ánimo en el sentido de la necesidad de entregarse, con plena confianza, a toda la riqueza de sus posibilidades de la comprensión y comportamiento. Para ello se requiere ocasionalmente sólo un bien simple saneamiento, de rápida realización, de la situación interhumana del enfermo. Puede tener esto carácter curativo cuando el sentirse forzado el enfermo a llevar un modo de vida inadecuado es sencillamente consecuencia de una compulsión externa. En cambio ha de recurrirse a una prolongada cura sicoterapéutica cuando la situación frente al mundo del enfermo trae su origen de la acción inadecuada de quienes le educaron en su temprana infancia, convirtiéndose en una especie de segunda, pero "falsa" naturaleza.